





En presencia de un payaso



Andrés Barba

En presencia de
un payaso



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

El autor agradece a la Rockefeller Foundation la ayuda recibida durante la redacción de este libro

*Ilustración: «En presencia, payasos», 2014, collage hecho a mano,
© Carmen M. Cáceres*

Primera edición: noviembre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Andrés Barba, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9786-9

Depósito Legal: B. 21293-2014

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

*Este libro ha sido escrito
bajo la sombra del corazón de mi padre:
Andrés Barba López*



El 4 de diciembre del 2006, cinco minutos antes de abandonar su despacho de la facultad de Físicas de la Universidad Complutense de Madrid, Marcos Trelles abrió su correo electrónico y leyó, primero con incredulidad y luego con una excitación casi adolescente, que la *Review of Modern Physics* había aceptado su artículo. Tenía cuarenta y dos años y aunque había estado casi una década investigando y publicando en revistas científicas europeas era la primera vez que conseguía publicar un artículo en una de las mejores revistas del mundo. El tema central era la capacidad de la luz para curvar la materia en ciertas condiciones de laboratorio y llevaba un año y medio trabajando en el microscopio láser de Barcelona. Su equipo vivía allí pero había perdido a dos de los antiguos becarios y como habían reducido el número de becas sólo le habían dado una nueva colaboradora: una muchacha con sobrepeso preocupante y un coeficiente intelectual que rompía el techo. La primera vez que la vio pensó que si lo que decía su expediente era cierto no había que prestar demasiada atención a que apenas tuviera un vocabulario de trescientas palabras, era un prodigio de la física.

«¿Pero cómo te ha dado por elegir este proyecto?», le preguntó una tarde. Aquella joven de cara redonda y pálida como una torta de maíz podría haber elegido lo que le hubiese dado la gana.

«Me interesaba mucho.»

«¿Te interesan las nanopartículas?»

«Lo que más.»

«¿Lo que más?», repitió. La resaca no le dejaba adivinar del todo si había oído bien.

«Sí, *lo que más.*»

Su cumpleaños había sido justo el día anterior y Nuria, su mujer, había organizado una pequeña cena para él con unos amigos. Había sido una cena agradable pero había bebido demasiado (en parte por la alegría de la fiesta pero también por lo que le deprimía tener que viajar a Barcelona al laboratorio al día siguiente) y la resaca había provocado que las tres horas de trayecto en tren se convirtieran en una auténtica tortura. Tenía accesos de vergüenza en retrospectiva y recordaba vagamente haber enfadado a Nuria con algún comentario... ¿sobre qué? Veía de nuevo, como si estuviera flotando sobre aquel paisaje neblinoso, las bonitas facciones de Nuria contraídas por el disgusto, recordaba haber empleado sus últimas fuerzas en poner el despertador a las cinco y media para llegar a tiempo al primer tren a Barcelona y haberle preguntado a su mujer por qué se había disgustado sin querer escuchar del todo una respuesta. Al despertar (no sabía cómo había sido capaz de levantarse) se había quedado mirándola unos instantes; el rostro un poco hinchado por el sueño, su olor dulzón, el pelo cubriéndole la mitad de la cara. Se inclinó sobre ella y la besó en la comisura del labio, un lugar privado. Nuria refunfuñó y se dio la vuelta, pero cuando estaba a punto de salir de la habitación se volvió hacia él:

«Amor.»

«Sí.»

«Lláname luego para contarme cómo te ha ido.»

«Claro.»

En el tren la resaca comenzó a mezclarse con la auto-compasión y con la tristeza. «No sé ni para qué voy», pensaba como un mantra recordando los fracasos totales o parciales de sus investigaciones. Sentía el cuerpo denso y sobrecargado de un calor febril y entró en el laboratorio tan derrotado que si alguien le hubiese mandado de vuelta a Madrid le habría dado las gracias. Ni siquiera era capaz de explicar en qué momento se produjo el cambio. Los estudiantes de quinto llegaron puntuales pero la becaria nueva tardó media hora más en aparecer. Ya se disponía a echarle la bronca cuando entró por la puerta y dijo:

«Me moría de ganas de llegar.»

Se quedó paralizado. ¿Cómo iba a echarle una bronca a alguien que se moría de ganas de llegar? La veía saltar de un lado a otro del laboratorio con una agilidad inexplicable, como si a pesar de su volumen no tuviera nada en el interior. Parecía un globo de helio con bata. Marta. Se llamaba Marta, pero no sabía por qué su mente se había empeñado en llamarla Ana.

«Ana.»

«Marta.»

«Sí, Marta, perdona. ¿Has comprobado los datos que dejó el becario que estaba antes que tú? La idea era empezar hoy...»

«Si no los hubiese comprobado no habría podido preparar el microscopio.»

Eso era tan cierto que a pesar de la resaca le recorrió la espalda un escalofrío. Le espantaba haberse desautorizado de una manera tan apabullante, pero la muchacha no pare-

cía haberse dado cuenta. Se había quedado quieta unos segundos, a la expectativa, el cuaderno de notas apoyado en el pecho, una mano redonda como una cría de paloma de la que salía un bolígrafo de publicidad de zumos.

«Hay que comprobarlo siempre», añadió Marcos huyendo hacia delante.

«Sí, ya lo sé», respondió ella.

«Anda, continúa con eso.»

Los primeros intentos con nanopartículas fueron fallidos. Veía las nanopartículas en el microscopio y sentía algo parecido a estar contemplando un grupo de gaviotas frente al crepúsculo. Eran a la vez de una belleza esquemática, como una mancha de óxido o el dibujo de la yema de un huevo sobre un plato. Gracias a la espectacular falta de presupuesto y a la no menor mala fe con que el gobierno boicoteaba a sus propios investigadores, no tenían mucho tiempo, sólo cuatro meses en sesiones de dos jornadas completas cada tres semanas. La presencia de aquella muchacha suponía un extraño estímulo. Tenía una inteligencia tan sorprendente como, a ratos, cómica. Que estuviese acomplejada no significaba que no fuese consciente de su extraordinario talento. Se la quedaba mirando y a veces le parecía estar viendo un cachorro de león, la prehistoria de una gran investigadora. Otras, le parecía sin más una chica del extrarradio que leía cómics y que tenía un novio bajista en un grupo punk. Lo de los cómics no, pero lo del novio resultó ser literalmente cierto. El grupo se llamaba Pulmón y el novio era batería. La vida podía llegar a ser muy perezosa a la hora de establecer variables.

«Ana.»

«Marta.»

«Sí, Marta.»

«Qué.»

«Calcula la polarización de la onda.»

Se quedaba seria un segundo, apuntaba con su bolígrafo de publicidad de zumos tres datos y le daba el cálculo exacto. Marcos tenía la sensación de que la investigación había entrado en una fase mesetaria: se limitaban a hacer pruebas y a consignar resultados más o menos previsibles de antemano. Sabía que debía dejarse llevar por la intuición, saltar pasos, arriesgarse. Por eso, finalmente levantó la cabeza y dijo:

«Otra vez.»

«Con las mismas partículas, ¿verdad?», preguntó Marta. No había querido decir eso en absoluto pero respondió:

«Evidentemente.»

«¿Y si cambiamos también un poco la inclinación?», añadió Marta, envalentonada.

«¿A qué te refieres?»

«A bajarla un poco, a un 2,3 o un 2,2.»

La observación le pareció un disparate. Marta se puso el bloc sobre el pecho y se rascó la oreja con el limoncito de plástico que salía del bolígrafo. Marcos sintió un vértigo repentino. Le parecía absurdo pero sentía un vago murmullo, algo parecido a la sombra de la comprensión de una lengua que se desconoce por completo.

«¿Para qué?»

«Para que no sea tan alto el riesgo de refracción.»

«Pero si no puede haber refracción.»

Marta abrió la boca como si fuese a decir algo y luego la cerró.

«Puede ser», dijo al final.

Hubo un silencio. Trató de concentrarse pero lo único que parecía estar escuchando en su interior era: *Qué más da, ¿por qué no?*

«¿Sabes qué?», dijo como un padre que permite una

licencia a su hija adolescente o le da cincuenta euros por un impulso de generosidad inexplicable. «¿Sabes qué? Vamos a hacerlo como tú dices.»

No pasó nada. Pero el resultado fue alentador, la intuición había sido acertada. Cuatro días más tarde y precisamente gracias a aquella intuición comenzaron a darse cuenta de que lo que tenían que hacer era lo contrario, subirla.

«Ponla a 2,6», ordenó.

Marta afirmó sonriendo con entusiasmo, parecía haberse dado cuenta de todo sin tener que mirar siquiera, sólo por su reacción.

Se asomó de nuevo al microscopio y la imagen fue tan asombrosa que sintió de inmediato cómo se le erizaba toda la piel del cuello en un escalofrío súbito. Las nanopartículas se habían doblado en pequeñas espirales. Fue un movimiento lento, delicioso. Las partículas se siguieron retorciendo todavía unas milésimas de segundo según el detector del microscopio después de la proyección de la luz. Cuando acabó el espectáculo casi ni se atrevía a levantar la mirada. Estaba tan emocionado que ordenó repetir el experimento en idénticas condiciones.

«No hay tiempo», dijo uno de los becarios.

«Por supuesto que lo hay.»

«Vosotros repetidlo», dijo Marta muy seria.

De un segundo a otro cambió el ambiente del laboratorio. Lo prepararon todo con precisión y lentitud, sus movimientos eran densos y espaciados, como si estuviesen cruzando un campo de ortigas. Siempre se había preguntado cómo se sentiría si alguna vez descubriera algo. Ahora lo sabía, se sentía extraño, entorpecido por su propia visión, mensajero de una noticia, turbiamente emocionado. La emoción era tan vibrante que tenía la espalda totalmente

cubierta por una humedad viscosa. No sabía quién pero alguien había muerto dentro de él.

«¿Y qué aplicaciones podría tener?», preguntó Nuria esa misma noche cuando la llamó desde la habitación del hotel. Era una habitación pequeña de un hotel céntrico junto a la Rambla de Cataluña. Durante cinco minutos alguien había estado gimiendo en la habitación de al lado y a Marcos le atemorizaba que el sonido se reanudara en cualquier momento. Era una habitación blanca, limpia y convencional, la situación tenía algo de deprimente, como si le aplastara el peso de la soledad de su descubrimiento. Cerraba los ojos y veía nanopartículas retorciéndose. La pregunta de Nuria le dejó un poco paralizado, apenas había pensado en el asunto y de hecho casi le molestó que su primera reacción fuera tan eminentemente práctica.

«Muchas, no sé.»

«¿Como por ejemplo...?»

«Podría tener aplicaciones ópticas, por ejemplo, para componentes informáticos, para componentes electrónicos...»

«No pareces muy contento.»

No contestó nada. Al otro lado de la ventana, a unos quince metros, se veían las habitaciones iluminadas de una familia de clase media; cruzaban de una habitación a otra y parecía que fueran deslizándose en el interior lechoso de aquella casa teatral. Le pareció una familia triste.

«Marcos.»

«Qué.»

«No pareces muy contento.»

«Estoy cansado», respondió, «ha sido un día agotador y ayer...»

«Túmbate en la cama mientras hablas conmigo.»

Marcos obedeció de inmediato. La dulzura de Nuria le

desarmaba por completo y era cierto que estaba exhausto. Sentía de pronto una soledad tan atroz que si no hubiese estado hablando con ella se habría empleado a fondo en beberse el minibar entero.

«Túmbate en la cama, científico mío, descubridor de la luz que doblega la materia...»

«Está bien, ya me tumbo.»

«Quítate los pantalones.»

«¿Y eso?»

«Tú quítatelos.»

Al día siguiente todavía recordaba la escena sonriendo. Con Nuria los nuevos gestos sexuales eran siempre un poco perturbadores («¿Había sido así con el otro? ¿Hizo *esto* con el otro?», preguntas que saltaban como muñecos con resorte, un estado de alarma natural) y jamás habían tenido sexo por teléfono a pesar de llevar casi cinco años casados porque nunca se habían separado más de una semana. Al principio le costó un poco dejarse llevar; las variables del amor tenían en Nuria una forma particularmente sencilla y en aquella en concreto la «sofisticación» literaria la hacía sospechosa. Nuria comenzó a describir despacio cómo se desnudaba y tocaba y a darle instrucciones para que él hiciera lo mismo. Tenían la costumbre de hablarse cuando hacían el amor, hablar sucio era una especie de redundancia amorosa, un peso liviano en el corazón, tratar gentilmente a Nuria y decirle algo sucio en el oído provocaba una pesantez dulce, como si cayera en el interior de su rostro, en su respiración, dentro de su boca. Aquello del sexo telefónico parecía una variación de ese tipo de sexo. Veía el promontorio de la clavícula de Nuria, su garganta, sus dedos, la dulzura y la firmeza con que le masturbaba, el olor de su transpiración, una escena de perfecta felicidad marital; hasta aquella deprimente habitación de hotel de Barcelona podía adquirir

con toda su insulsez minimalista y blanca la condición de un hogar bien avenida y feliz en el que dos personas se encontraban por fin, tras un día agotador.

Nuria era de una belleza común con un punto exótico que seguramente le venía de un lejano ascendiente italiano lombardo, tenía un cuerpo esbelto, el pecho redondo y pequeño, una cadera impecable y una manera de moverse que a ratos recordaba la de las elegantes actrices inglesas de la década de los cincuenta. Los labios gruesos, las mejillas planas desde la caída del pómulo y la barbilla fina le daban un aire adusto que sin embargo perdía cada vez que sonreía, cosa que hacía con frecuencia. Los ojos se le iluminaban al hablar, sobre todo durante las discusiones, y la frente tenía un aire enérgico de pitonisa, como si constantemente estuviese siendo asediada por presagios funestos que negaba de inmediato para sonreír otra vez. Había estudiado Filosofía y tras acabar la carrera se había dedicado a la enseñanza en secundaria. Era una profesora nata. Su padre había muerto cuando ella y su hermano Abel eran sólo unos niños y su madre había muerto aquel último año, seis meses antes de que la luz curvara las nanopartículas en el microscopio láser de Barcelona ante la atónita mirada de Marcos. Había sido una muerte imprevisible, al más puro estilo de la madre de Nuria. Se había subido a una escalera para observar el nido de un árbol que estaba en el jardín de su casa de la sierra de Madrid y al resbalar se había golpeado la cabeza contra un banco de exterior. Cuando la policía llegó al lugar del accidente hizo fotografías. A Marcos le sorprendió por encima de todo (aunque no se atrevió a decirlo) la belleza de la postura en la que había quedado Marisa; una pierna adelantada y como enredada en la pata del banco, una mano alza-

da y apoyada todavía en la escalera de mano, la sangre espesa, casi negra, de la sien, como si se tratara de una escenografía patética. La fotografía se la enseñó el mismo policía que había procedido al «levantamiento del cuerpo» y le dio a Nuria una copia que Manuel no volvió a ver nunca más y que suponía que ella había guardado en algún lugar secreto. Recordaba que en cuanto metió la fotografía en el bolso se dio la vuelta y sin derramar una sola lágrima y con una desconcertante sonrisa en los labios le dijo:

«¿Qué? ¿Nos vamos?»

Esa misma noche, poco después de entrar en casa, Nuria se puso a llorar de una forma inédita y renqueante, como si alguien la estuviese sacudiendo en un ataque de pánico en una obra de teatro amateur. Dócil, blanda, afeada por la tristeza, Nuria dejaba entrar definitivamente el dolor de aquella muerte absurda.

«Ahora soy huérfana», dijo en un momento dado, «sólo te tengo a ti.»

«También tienes a Abel.»

«Bueno, sí, Abel», dijo melancólica.

Nuria se pasó tres horas hablando con Abel por teléfono, él la dejó a solas en el cuarto de estar y se puso a trabajar en el despacho; la oía hablar con tristeza, y luego reír con esa risa de quien se ahoga en el sufrimiento y desea desesperadamente hacer entrar algún signo de la vida normal, aceptable.

Él mismo lloró en aquel despacho y muy sinceramente la muerte de su excéntrica suegra, con su colección de bisutería, sus cuadros y sus esculturas de jardín, su alcoholismo moderado, su forma casi patológica de abochornar a su familia (y especialmente a Nuria) hablando de sus experiencias sexuales, su colección de amantes a cual más extraño y sus, se descubrió también tras la muerte, mil

doscientos euros de deuda en materiales de pintura y escultura.

No se podía decir que Marisa lo había tenido fácil en la vida, se había quedado viuda muy pronto y, a pesar de haber tenido una situación económica muy acomodada (fue la heredera de tres adultos en una familia sin niños), su carácter ciclotímico y su propia pasión infantil de buscar ocupaciones artísticas sin tener un gran talento real la habían convertido en un personaje trágico. Si no hubiese sido por su simpatía, cualquiera habría podido pensar que era difícil encontrar una existencia más deprimente que la suya, pero sus ganas de devorar la vida tenían algo de urgente y acumulado, como si además de los suculentos millones que había heredado y que se había encargado de volatilizar como un agujero negro, hubiese heredado también el hambre acumulada y contenida de aquellas personas que nunca habían disfrutado de nada.

De Nuria y Abel se había encargado una tía amable y sosa durante los años de su infancia. Marcos recordó muchas veces durante aquellos días de papeleo, funerarias y trámites en el cementerio la forma en que Nuria le habló de su madre diez años atrás, cuando la conoció. Para ella su madre había sido desde una heroína de tebeo hasta una irresponsable profesional, la había adorado, había fingido que le resultaba indiferente, se había admitido a sí misma que le tenía un rencor imperdonable, había llorado, había decidido que la quería así sin más, tal y como era, para insultarla al día siguiente como la niña herida de cinco años que nunca había dejado de ser. Pero sobre todo, sobre todas aquellas Marisas que habían existido en la mente de Nuria y que tal vez todavía seguían existiendo, a Marcos le maravilló cómo en medio de todos aquellos disparates la medida de la soledad que había dejado Marisa en el corazón de su hija había sido

semejante a la intensidad de su presencia, de su compañía y de su amor real cuando había estado junto a ella.

«No la conocerás jamás», anunció con solemnidad esa misma tarde, demostrando su mucho rencor y sus pocas dotes para la profecía, y cuando se acostaron tres noches después en el piso de estudiante que compartía con un primo suyo le maravilló ver a aquella chica desnuda en su cama, como si la seguridad de una madre complicada la hubiese revestido de una condición trágica y misteriosa. Le llenaba de asombro (a él, que era hijo único de un matrimonio convencional que regía una tienda de variantes en Toledo, y le parecía difícil de superar el récord de la insulsez que eso suponía) el tenue dibujo de la cadera desnuda de aquella muchacha, su pubis negro y contundente, aquel corazón herido. Todavía hacía mucho calor y las manchas verticales que hacía la luz al entrar por la persiana dibujaban sobre sus piernas y junto a su ombligo unas figuras preciosas, más que una pareja tendida en la cama parecían una estampa diseñada por un formalista ruso.

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Ahora Marisa estaba muerta. Abel no se había molestado en venir desde Colombia («Ya estaba muerta, ¿para qué iba a venir?», el razonamiento parecía brutal pero era de un sentido común aplastante). El entierro fue deprimente y consolador a partes iguales, todo salió bien y no se presentaron más que algunos primos de Nuria, una vieja tía abuela con demencia senil que creía estar de paseo y los padres de Marcos, que vinieron desde Toledo. Los primeros días fueron difíciles para los dos; Nuria no se dejaba ayudar fácilmente, si él se acercaba, por lo general acababa siendo rechazado. Recordaba que durmieron separados una semana, cosa que no ocurría desde hacía años. Marcos la dejaba sola durante el día y cuando llegaba la noche se iba al sofá a dormir.